Capitulo 1

El último tren no vendría. Era casi la medianoche, y durante una hora había estado en la parada del autobús del hospital universitario, aferrada a mi portfolio de arte y al poco orgullo que aún conservaba, junto a un puñado de estudiantes de premédica; una anciana china, que empuñaba un paraguas como si fuera un arma; un mendigo charlatán llamado Will (que vivía en el estacionamiento del hospital), y un predicador callejero borracho y entusiasta que deseaba prevenirnos del fuego ardiente del apocalipsis o vendernos boletos para la primera fila del ring..., o tal vez ambas cosas.

–Un tranvía de dos coches de la línea N Judah tuvo una avería en el túnel de Sunset –leyó uno de los estudiantes de Medicina en su celular–. Parece que no tendremos más remedio que tomarnos el Owl.

Se oyó un quejido del grupo. El temido autobús Owl que circulaba toda la noche.

Fuera del horario diurno, cuando termina el servicio de

tren ligero de San Francisco y la mayoría de la ciudad está durmiendo, los autobuses Owl se ocupan de las rutas de superficie. Me había tomado el Owl solo una vez, justo antes de que comenzaran las vacaciones de verano. Heath, mi hermano mayor, había cometido el error de intentar levantarme el ánimo con entradas para participar de un karaoke de *La sirenita* –incluidas las barritas luminosas y el sujetador de caracoles– en el teatro Castro, y después de una cena a medianoche en un bar de mala muerte, nos perdimos nuestro tranvía habitual.

Los autobuses Owl son más lentos, más sucios y están llenos de personas que salen de fiestas, discotecas y bares que cierran, lo cual aumenta automáticamente las posibilidades de toparse con una riña callejera o con vómitos explosivos. Tomarme el Owl acompañada de Heath era una cosa; arriesgarme a hacerlo sola era otra, especialmente cuando nadie sabía dónde me encontraba.

Sí, ya sé. No era la idea más brillante del universo, pero no llevaba conmigo dinero para un taxi. Me mordí un pellejo de la uña y levanté la mirada para observar la neblina que colgaba de la farola; esperaba no parecer tan ansiosa como me sentía.

Solo para que conste: se supone que no debo tomar transporte público después de las diez de la noche. Es el límite científico que estableció mamá para evitar los delitos violentos. No se trata de algo arbitrario. Es enfermera titulada y tres o cuatro veces por semana trabaja durante el turno noche en una sala de emergencias justo enfrente (en donde se encontraba en ese preciso instante), así que sabe exactamente

cuándo comienzan a entrar las camillas con los heridos de bala. Y aunque Heath tiene el mismo límite de horario, soy consciente de que las posibilidades de ser una víctima resultan mayores en mi caso porque soy mujer y tengo una contextura menuda, además de que aún no cumplí los dieciocho. Así que, tal vez desde el punto de vista estadístico sea presa fácil, pero por lo general no deambulo por la ciudad después de la medianoche, poniendo en peligro mi preciosa vida adolescente. Me refiero a que no era que corría un riesgo *tan* grande. No era una zona peligrosa de la ciudad, y había tomado el MUNI desde pequeña. También contaba con gas pimienta y un dedo que se moría por gatillar.

Además, andaba a escondidas por una buena razón: quería mostrar mis ilustraciones a la profesora que está a cargo del departamento de Anatomía, para convencerla de que me diera acceso al Programa de Cuerpos Donados. Al menos, ese había sido el plan original. Pero después de esperar durante horas a una persona que jamás apareció, todo el asunto se estaba pareciendo más a una estúpida pérdida de tiempo.

Mientras los estudiantes de premédica hacían apuestas sobre el horario de llegada del Owl, Will el mendigo levantó la mano para saludarme brevemente y se abrió paso hacia mí. No tenía problemas con que lo hiciera. Me sentía más segura si había una cara conocida entre el predicador borracho y yo; me ponía muy nerviosa cuando lanzaba sus maldiciones hacia mí.

–Oye, viejo –gritó Will mientras se acercaba.

¿Viejo? Antes de que pudiera responder, pasó a mi lado arrastrando los pies como si no me hubiera visto. Vaya. Acababa

de ser desairada por un tipo sin techo. La noche se estaba volviendo cada vez mejor.

–¿Qué hay de nuevo, Willy? –preguntó una voz masculina con buen ánimo–. Es bastante tarde para que sigas trabajando.

–Los guardias de seguridad del hospital están haciendo su ronda de vigilancia. Solo espero que se larguen.

Mi curiosidad pudo más, así que me di vuelta para ver quién había acaparado la atención de Will: un tipo oculto entre las sombras, que estaba apoyado contra el poste de teléfono. Will me tapaba la vista, así que no lo distinguía demasiado, pero ambos conversaron un instante antes de que el mendigo siquiera se percatara de mí.

–Chica triste –dijo y sonrió, dejando entrever sus dientes. Así me llama, porque cree que estoy deprimida. Por cierto, no lo estoy. Solo soy moderadamente seria y retraída, pero es difícil explicarle la diferencia a una persona que duerme en un cobertizo de cartón–. ¿Cómo va todo?

–No tan bien –dije–. Hoy no tengo nada –a veces le doy mis monedas, pero si tuviera algún dinero, a estas alturas ya estaría en un taxi viajando a casa.

–No te preocupes. Tu madre me invitó hace un rato a cenar de camino al trabajo.

No me sorprendía para nada. Tal vez fuera la enfermera que llevaba dentro, pero mamá tenía una manía de darle de comer a todo aquel que estuviera en su línea de visión, y estaba prácticamente *obsesionada* con las sobras; si eran más grandes que un grano de arroz, pasaban a guardarse en el refrigerador, a ser parte del almuerzo de alguien o a repartirse entre los vecinos o los compañeros de trabajo, y ahora,

aparentemente, se incluía el popular mendigo Will, que había ubicado a otra persona que conocía y ya se dirigía a saludarla, dejándome sola con su misterioso amigo.

Cualquiera tenía que ser mejor que el predicador callejero. Pero no se trataba solo de cualquiera. Era un chico. Un chico de mi edad. Un chico de mi edad *realmente guapo*, con un cuerpo delgado y tonificado. Se apoyaba contra el poste de teléfono, y se apartaba un rebelde mechón de pelo oscuro que le caía sobre un ojo. Vestido de negro de pies a cabeza, lucía como si le acabaran de ofrecer el papel protagónico en una película italiana de intriga y estuviera listo para entrar a robar un banco: usaba jeans, una chaqueta ceñida y un gorro tejido ajustado hacia abajo. Un par de guantes negros apretados le cubrían las manos, y una mochila gastada (probablemente repleta de artefactos explosivos pensados para hacer estallar la caja fuerte del banco) estaba apoyada sobre la acera, contra su pierna.

Solo cuando el predicador volvió a comenzar su arenga, me di cuenta de que lo había estado mirando fijo. Él y yo, junto con la mujer que blandía el paraguas, escuchamos las frases balbuceadas del predicador acerca de la salvación y la luz, algo que no alcancé a escuchar, y sobre PROSTITUTAS, BESTIAS Y HOGUERAS. El fuego eterno, amigo. ¡Mis pobres tímpanos! Apreté mi portfolio aún más, pero un segundo después se extinguió su diatriba, y se apoyó contra la parte posterior de la parada del autobús como si se fuera a quedar dormido.

–Parece que se quedó sin aire –señaló el chico con tono de conspiración. ¿Se había acercado aún más? Porque... guau, era alto. La mayoría de las personas lo eran desde mi

perspectiva enana, a ras del suelo, pero él debía de ser por lo menos medio metro más alto que yo–. Creo que, si intenta quitarte tu carpeta, no tendrás problema en derribarlo. ¿Son ilustraciones?

Eché un vistazo rápido a mi portfolio como si jamás lo hubiera visto.

–Sí, ilustraciones.

No me preguntó por qué andaba acarreando obras artísticas en un campus de Medicina. Solo me dirigió una mirada pensativa con los ojos entornados.

–Espera. Déjame adivinar. Ni naturaleza muerta ni paisajes. Tus ojos escépticos me hablan de algo posmoderno, pero tus botas dicen –su mirada descendió, recorriendo mi falda negra y el cuero gris de caña alta que me tapaba las pantorrillas– logos con diseños audaces.

–Mis botas dicen "tenía una reunión con la directora del laboratorio de Anatomía y la plantaron". La doctora Sheridan debía reunirse conmigo después de su última clase, que se extendía de siete a nueve de la noche, y cuando terminó, esperé y esperé, mientras observaba una cantidad cada vez menor de estudiantes de posgrado que salían del edificio. Cuando finalmente llamó a las once para disculparse y aseguró que había tenido una emergencia familiar, tuve la clara sensación de que era demasiado orgullosa para admitir que se había olvidado.

"Y mis obras no son posmodernas –añadí–. Dibujo cuerpos.

–¿Cuerpos?

–Su anatomía.

Eso es lo mío. No soy una de esas chicas geniales y creativas

en mi curso de arte que fabrican faldas con bolsas de basura y pintan con colores estrambóticos. Al menos, ya no. Durante los dos últimos años, me he limitado al lápiz y la tinta negra, y solo dibujo cuerpos –viejos o jóvenes, masculinos o femeninos, me da igual–. Me gusta el modo en que se mueven los huesos y la piel, y me gusta ver cómo encajan a la perfección todas las cámaras del corazón. Y en ese momento, mi mente obsesionada por la anatomía estaba apreciando la manera en que las partes del cuerpo de mi nuevo amigo también encajaban a la perfección. Era un estudio viviente de las líneas bellas y los músculos delgados de la figura humana, con kilómetros de pestañas oscuras, y pómulos que parecían lo suficientemente fuertes como para resistir el peso de todo el cuerpo.

–Yo soy esa que realmente disfrutaba haciendo la disección de la rana en el curso de Biología de noveno año –aclaré. No quiero parecer trágica, pero ese detalle en particular jamás me había ganado una multitud de amigos, así que no entiendo por qué lo arrojé al ruedo. Creo que era la forma de descargar la excitación que me provocaba estar junto a un chico tan atractivo.

Emitió un silbido grave.

–A nosotros nos tocaron fetos de chancho, pero yo pude librarme y hacer el mío en la computadora. Por motivos filosóficos.

Lo detalló como si quisiera que le preguntara cuáles eran esos motivos, así que le seguí la corriente.

–A ver... te dan asco las ranas muertas...

–Estoy filosóficamente en contra –corrigió.

–Vegetariano –adiviné.

–Uno pésimo, pero sí –señaló el cuello de su chaqueta. Tenía prendida una pequeña insignia que decía VIVE EL MOMENTO.

Sacudí la cabeza confundida.

–Es mi excusa filosófica. El zen.

–¿Eres budista?

–Un budista terrible –repitió. Los bordes de sus labios se curvaron en una leve sonrisa–. Y entre paréntesis, ¿hace cuánto disecaste esa rana? ¿Cuatro años? ¿Dos años...?

–¿Estás intentando adivinar mi edad?

Esta vez sonrió de verdad, y un hoyuelo atractivo se marcó en la curva de su mejilla izquierda.

–Oye, si estás en la universidad, no tengo ningún problema. Me encantan las chicas mayores.

¿Yo? ¿En la universidad? Solté una carcajada neurótica y estridente. ¿Qué diablos me pasaba? Gracias a Dios, el silenciador defectuoso de una furgoneta que doblaba en la esquina ahogó mi aullido de hiena. Cuando terminó de pasar, lo señalé con el bote de gas pimienta que tenía sujeto a mi llavero.

–¿Qué hace un budista vegetariano vestido como un ladrón de joyas?

–¿Un ladrón de joyas? –se miró con detenimiento–. ¿Demasiado negro?

–No si estás planeando un robo a mano armada. En ese caso, es lo adecuado, especialmente si guardas un antifaz en tu bolsillo.

–Maldición –dijo, dándose unas palmadas en la chaqueta–. Sabía que me olvidaba de algo.

La acera comenzó a temblar bajo los tacos de mis botas.

Levanté la vista para ver el letrero digital del N-Owl sobre el parabrisas del autobús que se detenía en nuestra parada. Una luz blanca y fría brillaba desde las ventanas.

–Milagro de los milagros –murmuró el chico–. El Owl realmente llegó.

Me puse de puntillas para ver lo que me esperaba. Me pareció distinguir que algunos asientos estaban ocupados, pero no iba apretada como sardinas... todavía.

Una fila se formó en el borde de la acera, así que me apuré para adelantarme a los estudiantes de Medicina y al predicador borracho. ¿Se subiría también el chico? Para que no se notara demasiado, contuve las ganas de darme vuelta y, en cambio, saqué mi pase mensual. Con una pasada de la tarjeta por el lector de la entrada, quedé adentro. Esperé no estar sola.